

sena, á quien no necesitaba del momento que disponía de una masa de 90,000 hombres, que se dirigiera directamente á Landshut, por Freising y Moosburgo.

Después vió desfilar ante él á los bávaros y wurtembergueses, que iban á ponerse en línea, enemigos convertidos en aliados, arengándolos á medida que iban pasando, y dejando, después de cada período, el tiempo necesario para que los oficiales tradujeran sus palabras en alemán.

Decíales:

«Pueblos de la gran familia germánica, no es por mí que os hago combatir hoy, sino por vosotros; defendiendo vuestra nacionalidad contra la ambición de la casa de Austria, desesperada al ver que no os tiene bajo su yugo.

»Esta vez, yo os devolveré muy pronto, y para siempre, la paz, con tal acrecentamiento de poderío, que en adelante os podréis defender vosotros mismos contra las pretensiones de vuestros antiguos dominadores.

»Por lo demás,—añadió, montando á caballo y tomando sitio en sus filas,—hoy voy á combatir con vosotros, y entrego la fortuna de Francia y mi vida á vuestra lealtad.»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó un tiro, y su sombrero, saltándole de la cabeza, cayó á los pies del caballo.

Decimos mal que se oyó un tiro; apenas si el tiro se oyó en medio del tumulto, y la caída del sombrero fué atribuida al movimiento algo brusco que acababa de hacer su caballo.

Un oficial bávaro salió de las filas, recogió el sombrero y lo presentó á Napoleón.

Napoleón lo inspeccionó con rápida ojeada, sonrió y se lo puso otra vez en la cabeza.

Hecho esto, la masa se movió, bajando de la meseta y dirigiéndose á Arnhofen.

Llegado al pie de la meseta, Berthier se acercó al emperador para recibir sus últimas órdenes; Napoleón se las dió; luego, tomando su sombrero y enseñando al generalísimo el agujero de una bala:

—Seis pulgadas más abajo,—le dijo con tranquilidad,—y el rey de Francia se llamaría Luis XVIII.

Berthier palideció al ver el peligro de que había escapado el emperador, é inclinándose hacia un ayudante, dijo:

—Que se llame en seguida al teniente Pablo Richard.

VII

Cinco victorias en cinco días

Lo que había previsto Napoleón, sucedió.

Lannes, que ocupaba la izquierda con 20,000 peones, 1,500 cazadores y 3,500 coraceros, avanzó sobre Rhor, que, según recordaremos, debía tomar á toda costa, por Offenstetten y Bachel.

Atravesaba un país sembrado de bosque y cortado por numerosos desfiladeros; de modo que, la cabeza de su columna chocó de pronto, y por el flanco, con el general austriaco Thierry y su infantería; la caballería —que estaba realizando el movimiento ordenado por el archiduque sobre Ratisbona—, la caballería, andando con más velocidad que la infantería, había pasado ya.

Lannes hizo cargar aquella infantería por sus 1,500 hombres á caballo, que cayeron sobre ella á brida suelta.

En lugar de formar el cuadrado y esperar la carga, la infantería, que ignoraba el escaso número de caballeros con quienes tenía que habérselas, procuró ponerse al abrigo de los bosques; pero antes de que pudiera llegar fué acuchillada.

El general Thierry se retiró en desorden hacia Rohr, en donde encontró al general Schusteck.

Ambos generales reunieron sus fuerzas.

Pero Lannes recordaba la orden recibida, de tomar Rohr á toda costa, y sus cazadores perseguían á los fugitivos con la punta de los sables en los ijares.

Los generales austriacos tenían 3,000 húsares que lanzaron contra los cazadores; Lannes, al ver el movimiento, lanzó, por su parte, un regimiento de coraceros que atravesó de parte á parte la división de húsares y la obligó á refugiarse en la aldea de Rohr.

En aquel momento llegaban nuestros 20,000 peones.

El 30° regimiento, sostenido por los coraceros, atacó la aldea de frente, mientras que el 23° y el 17° se destacaban á derecha é izquierda para envolverla.

Los dos generales austriacos no permanecieron en la aldea más que el tiempo de ponerse en retirada: al cabo de media hora de combate, sus columnas se replegaron de Rohr hacia Rothenburgo.

Lannes destacó un mensajero que partió á galope, para

llevar al emperador la noticia de que Rohr estaba tomada y ejecutada su orden; anunciaba, además, que empujaría á los austriacos ante sí en tanto hubiera claridad suficiente para disparar un tiro.

La noticia llegó á Napoleón en el momento en que sus wurtembergueses y sus bávaros repelían al archiduque Luis hacia la calzada de Neustadt en Landshut, cuya persecución duró todo el día, no dejando descansar al archiduque hasta Pfaffenhausen.

Napoleón, al saber la toma de Rohr, se lanzó por las huellas de Lannes y llegó por la noche á Rothenburgo. Allí se había detenido su lugarteniente, según había prometido, por haber cerrado la noche.

La jornada había sido espléndida.

Lannes había perdido apenas 200 hombres y había muerto ó hecho prisioneros á 4,000 hombres del enemigo. El general Thierry estaba en el número de los prisioneros.

Los bávaros y wurtembergueses de Lefebvre habían perdido 1,000 hombres y habían muerto 3,000 al enemigo, y le habían repelido en el Isar.

Pero la importancia de la jornada no consistía en el número de hombres fuera de combate, aunque esto era ya algo: la importancia estaba en la separación del archiduque Carlos de su izquierda. El ejército austriaco quedaba cortado en dos por Napoleón, operando á la cabeza de una masa de unos 100,000 hombres; iba á dar, pues, fácil cuenta de los dos trozos de serpiente mutilados, atacándolos uno después de otro.

Pero el caso era que Napoleón ignoraba la verdadera posición del archiduque Carlos. Lo creyó acorralado en el Isar, y resolvió precipitarse sobre él al día siguiente con todas sus fuerzas, para sorprenderle en Landshut, es decir, en el paso de este río, que se vierte en el Danubio á ocho ó diez leguas de Landshut.

Si Massena no ha encontrado ningún obstáculo en su camino y llega á tiempo, todo el ejército austriaco que hay entre Napoleón y el Isar será muerto, hecho prisionero ó ahogado.

En consecuencia, manda orden á Davoust, que no se ha movido de Tingen, en donde ha servido de eje á todo el ejército, que deje allí las pocas tropas que tiene enfrente, y que siga el movimiento del ejército hacia el Isar, libre de volverse en seguida á Ratisbona, para aplastar

á Bellegarde, cuando se haya desembarazado del archiduque Carlos.

Napoleón ha acabado por creer que perseguía al mismo príncipe; está seguro de que aquellas *pocas tropas* que Davoust tiene á raya son la masa del ejército austriaco. Y en verdad, ¿cómo suponer que en treinta y seis horas, el archiduque Carlos, á la cabeza de unos 60,000 hombres, no haya dado fe de vida?

Es que, durante toda la jornada del 20, ignorando que el ejército francés se hubiese deslizado entre él y el Danubio, el príncipe Carlos espera que Napoleón le ataque de frente, no queriendo atacar él mientras no se haya unido con los 50,000 hombres del archiduque Luis. No hay que decir que les espera en vano: son los 50,000 hombres que Napoleón repele hacia el Isar, aprestándose á echarlos al río.

Empero, por el ruido del cañoneo, el archiduque Carlos comprendió que algo ocurría detrás de él; dió media vuelta, y adosándose en Ratisbona, donde debía encontrar el ejército de Bohemia, se estableció á través de la carretera de Ratisbona á Landshut, teniendo Eckmühl enfrente.

Napoleón no se desnudó, tanta prisa tenía de alcanzar á los austriacos al día siguiente; pero los austriacos tenían aún más prisa de huir que él de perseguir. Así es que llegaron por la noche á Landshut por las dos carreteras de Rothenburgo y Pfaffenhausen.

Sin embargo, Napoleón reflexionó: los austriacos habían abandonado el terreno con excesiva facilidad; ¿era la masa entera ó una parte ínfima la que iba echando por delante, como el viento de otoño impele las amarillentas hojas? Davoust, á quien dejaba tras sí, ¿no quedaba expuesto á ser arrebatado con sus 24,000 hombres, por uno de esos atrevidos golpes de mano cuyo secreto podían haberle robado los enemigos?

Uno de los frecuentes relámpagos del genio de Napoleón acababa de iluminarle en medio de aquella gloriosa noche que separaba dos días de victoria.

Destacó la división del general Demont, los coraceros del general Nansouty, las divisiones ávaras del general Dercy y del príncipe real, y lo envió todo á Davoust, mientras que él, con los 25,000 hombres de Lannes y los bávaros del general de Wrède, seguiría empujando á los austriacos hacia Landshut, donde, por otra parte, contaba encontrar á Massena con unos 30,000 hombres.

Hacia las nueve de la mañana, el emperador estaba en Altford con la infantería del general Morand, los coraceros y la caballería ligera. A lo largo del camino fué recogiendo fugitivos, heridos, artillería, bagajes; la retirada se trocaba definitivamente en derrota.

Allí, al límite del bosque, en una especie de meseta desde donde dominaba la fértil llanura del Isar, con la ciudad de Landshut en perspectiva, se detuvo.

¡Hermoso espectáculo para un vencedor!

El ejército enemigo huía como á la desbandada; caballería, infantería, artillería y bagajes arremolinábanse en tropel á la entrada de los puentes; era un tumulto espantoso, una confusión indecible.

No quedaba que hacer más que matar.

Pero en su precipitación de llegar y ver, Napoleón se había adelantado al grueso de su cuerpo de ejército; desembocaba en la meseta nada más que con ocho ó diez mil hombres; el resto seguía.

Bessières, á la cabeza de los coraceros; Lannes, al frente de los cazadores y del 13.º ligero de la división Morand, cargando ambos como simples coroneles de vanguardia, cayeron sobre aquella masa ocho veces más numerosa que la suya.

La caballería austriaca salió entonces de en medio de aquella confusión, y trató de detenernos y de defender el paso; pero coraceros, cazadores é infantería sentían la fortuna del emperador en ellos y con ellos, y arrollaron á la caballería.

Los austriacos hicieron un supremo esfuerzo y reunieron su infantería; pero la división Morand llegó completa, y la infantería austriaca, vencida á su vez, tuvo que replegarse en los puentes.

Desgraciadamente, nuestra artillería no había podido seguir; á no ser así, se hubieran emplazado una decena de piezas en batería, y se hubiera diezmado á metrallazos á aquellas masas que había que abrir á sablazos, que agujerear con las puntas de las bayonetas. El arma blanca, mata, pero lentamente: el cañón trabaja más de prisa.

Durante aquel tiempo, en cambio, se cogía á los fugitivos esparcidos por la llanura, los que ya no esperaban pasar los puentes, y que se rendían no atreviéndose á echarse al Isar; recogíanse los cañones, los bagajes, y hasta un soberbio tren de pontones conducido en carretas, y con el cual no sólo se proponían franquear el Danubio, sino también el Rhin.

¡Era el látigo que Jerjes había llevado para castigar á los griegos, y con el que sólo pudo pegar al mar!

A medida que el ejército enemigo pasaba los puentes, una parte se retiraba hacia Neumarkt en Mühlendorf, mientras que los menos acosados por el miedo tomaban posición en la ciudad de Landshut y en el suburbio de Seligenthal; pero, además de la división Morand, que, según hemos dicho, había llegado completa, aparecían por Moosburgo las avanzadas de la columna Massena; llegaban demasiado tarde para cortar la retirada á los austriacos y demasiado pronto para precipitarla.

De pronto vióse en la dirección del puente principal cómo se elevaba una grande humareda: eran los austriacos que acababan de incendiar aquel puente para poner á la vez el fuego y el agua entre ellos y los franceses.

Napoleón se volvió á uno de sus ayudantes:

—¡Ea, Mouton!—dijo.

El general comprendió, se apoderó del mando del 17.º, y sin más arenga que estas palabras: «El emperador os contempla; ¡seguidme!», les condujo directamente al puente incendiado.

Atravesaron el puente bajo la amenaza de tres clases de muerte: el agua, el fuego y el plomo; luego se lanzaron por las escarpadas calles de Landshut.

Desde las alturas de la ciudad, los austriacos podían ver las columnas francesas desembocar por todos lados; Napoleón con 25,000 hombres, de Wrède con 20,000, y Massena con otros 20,000.

No había medio de resistir: el enemigo huyó.

Pocos fueron los muertos, 2 ó 3,000 hombres tal vez: había faltado el cañón. Pero se hicieron 7 ú 8,000 prisioneros, se tomaron bagajes, material, artillería; luego quedó rota —lo cual era mucho más importante— la línea de operación del archiduque, de manera que ya no era posible rehacerla.

En el momento en que la fusilería empezaba á extinguirse, Napoleón se detuvo y prestó oído.

Oíase cañoneo detrás de sí, entre el pequeño y gran Laber.

Napoleón, con el oído ejercitado de un artillero, comprendió que se batían á ocho ó nueve leguas de allí. Sin duda Davoust había llegado á las manos con el enemigo.

Pero ¿con qué enemigo?

¿Era el ejército de Bellegarde que llegaba de Bohemia?

¿Era el ejército austriaco mandado por el príncipe Carlos? —porque el emperador empezaba á temer que se había dejado atrás al archiduque—. ¿Eran ambos á dos, esto es, una masa de 110,000 hombres aproximadamente?

Uno solo de dichos ejércitos hubiera sido ya mucho más de lo que convenía á los 40,000 hombres de Davoust.

Sin embargo, Napoleón no podía abandonar su posición, y retrocediendo ante el ejército vencido, permitirle que se rehiciera para atacarle por retaguardia.

Esperó, fiando en el valor y la prudencia del mariscal Davoust; pero esperó lleno de ansiedad.

El cañón seguía rugiendo con la misma rabia y remonataba hacia Eckmühl. Sólo terminó á las ocho de la noche.

La noche anterior, Napoleón se había echado vestido en la cama; esta vez, no se acostó siquiera.

A las once le anunciaron al general Piré, de parte del mariscal Davoust.

El emperador exhaló un grito de alegría, y se lanzó á presencia del general. —¿Qué hay?—le preguntó, antes de que aquél tuviera tiempo de despegar los labios.

—¡Todo va bien, señor!—se apresuró á contestar el general.

—¡Bien! ¿Sois vos, Piré? ¡Tanto mejor! ¿Qué ha ocurrido? ¡Explicádmelo!

Entonces, Piré relató á aquel hombre de bronce que se batía de día y que velaba de noche, lo que había ocurrido durante el día.

Davoust, al realizar su movimiento, apoyando la izquierda, había encontrado el cuerpo de ejército de Hohenzollern y de Rosenberg; les había atacado, y para despejar el camino, les repelió hacia Eckmühl.

Durante la retirada de los austriacos, se tomaron valientemente á la bayoneta las dos aldeas de Paring y de Schierling. Así estaba la lucha, que hacía tres horas ya que duraba, cuando vieron aparecer el refuerzo enviado por Napoleón.

Entonces, Davoust comprendió que, puesto que el emperador se desprendía de 20,000 hombres, es que ya no le necesitaba más que para tener á raya al enemigo.

El enemigo se había fortificado en Eckmühl, y parecía dispuesto á defenderse; Davoust se contentó con cañonearlo;—servía, por otra parte, para dar sus noticias al emperador por medio de la voz más familiar á su oído: la del cañón.

Napoleón había oído aquella voz; el general Piré acababa de traducírsela.

Davoust había perdido 1,400 hombres y había muerto 3,000 austriacos.—Napoleón, por su parte, había perdido 300 hombres en Landshut, matando ó haciendo prisioneros, según hemos dicho, á 7,000 enemigos. Total de la jornada: 10,000 austriacos fuera de combate.

Estaba aún allí el general Piré, cuando anunciaron á un correo llegado de Ratisbona; había pasado por Abensberg, Pfaffenhausen y Altdorf, habiendo seguido el mismo camino que Napoleón.

He aquí las noticias que traía.

El emperador, según recordaremos, había dado orden á Davoust de dejar un regimiento en Ratisbona. ¡Poca cosa era!; pero, teniendo necesidad de todas sus fuerzas, Napoleón no pudo dejar más.

Davoust había escogido el regimiento 65.º, mandado por el coronel Coutard; estaba seguro del regimiento y seguro del coronel.

El coronel debía parapetar las puertas, obstruir las calles y defenderse á toda costa.

El 19, día de la batalla de Abensberg, el ejército de Bohemia, fuerte de 50,000 hombres, se presentó á las puertas de Ratisbona.

El regimiento entabló combate contra el ejército, y á tiros de fusil le mató 800 hombres; pero al día siguiente, en la orilla izquierda del Danubio, apareció el ejército del archiduque Carlos, que venía de Landshut.

El regimiento disparó contra aquel nuevo ejército sus últimos cartuchos; luego, en la imposibilidad de defender una ciudad como Ratisbona con 2,000 bayonetas contra más de 100,000 hombres, el coronel Coutard procuró ganar tiempo, pasando una parte de la mañana en parlamentar; y, por fin, hacia las cinco de la tarde, se rindió, exigiendo que se concediera libre paso á su mensajero.

Su mensajero partió al galope inmediatamente; corrió unas veinte leguas en diez horas, y á la una de la madrugada encontró al emperador en Landshut.—La noticia que traía era importantísima: el coronel Coutard y su regimiento habían sido hechos prisioneros; pero Napoleón sabía detalles sobre la posición del enemigo.

El ejército de Bohemia y el ejército austriaco se habían unido, y el archiduque Carlos era dueño del país desde Eckmühl hasta Ratisbona.

¡De modo, que el enemigo que Davoust tenía á raya, era el cuerpo de ejército del príncipe Carlos! El emperador no tenía que hacer más que volverse hacia Eckmühl, y aplastarle entre los 40,000 hombres de Davoust y sus propios 80,000 hombres; empero, no había tiempo que perder.

El general Piré volvió á montar á caballo y regresó á Eckmühl. Debía anunciar al mariscal Davoust que el emperador, con todas sus fuerzas, llegaría entre las doce y la una de la tarde; su presencia se señalaría con un trueno: cincuenta piezas de artillería estallarían al mismo tiempo. Para Davoust ésta sería la señal de ataque.

Apenas hubo partido el mensajero, el emperador lanzó al otro lado del Isar, en persecución de los 40,000 hombres del archiduque Luis — en tres días éste había perdido 25,000! — la caballería ligera del general Merulaz, una porción de la caballería alemana, la división bávara del general de Wrède, y la división Molitor.

En seguida escalonó otros 20,000 hombres entre el Danubio y el Isar, de Neustadt á Landshut.

Luego expidió — por la carretera de Landshut á Ratisbona, y por el valle del gran Laber — al general Saint-Sulpice con sus cuatro regimientos de coraceros, al general Vandamme con sus wurtembergueses, y al general Lannes con los seis regimientos de coraceros del general Nansouty, y las dos divisiones Morand y Gudin.

La orden era andar toda la noche, llegar delante de Eckmühl á mediodía, descansar una hora y atacar.

Finalmente, partió él mismo con las tres divisiones de Massena y la división de coraceros del general Espagne.

Así, pues, Davoust tenía poco más ó menos unos 35,000 hombres; los generales Vandamme y Saint-Sulpice le llevaban 13 ó 14 mil; Lannes, 25,000 y Napoleón 15 ó 16 mil; lo cual representaba una masa de unos 90,000 hombres con la que debía entenderse el archiduque Carlos.

En aquel momento, el archiduque, después de haber vacilado dos días, tomaba una decisión final: la de intentar contra la línea de operación francesa, la misma maniobra que Napoleón acababa de ejecutar contra la suya.

Y resolvió iniciar un ataque contra Abach.

Como los coraceros del general Montbrun — que, según hemos visto, el 10 habían combatido en Dinzing —, se habían quedado en Abach, y seguían escaramuceando con las tropas ligeras austriacas, el archiduque creyó tener delante

de sí una fuerza seria, cuando en realidad no era más que el eje del ejército, que después de haber constituido nuestra extrema derecha, se había convertido en nuestra extrema izquierda; y que habiendo formado nuestra retaguardia mientras Napoleón estuvo andando de Abensberg á Landshut, resultaba nuestra vanguardia cuando, al volverse contra Ratisbona, el emperador marchaba de Landshut á Eckmühl.

Para dar al general Kollowrath, destacado del ejército de Bohemia, el tiempo de pasar á la orilla izquierda del Danubio, el príncipe Carlos decidió que el ataque tuviese lugar entre las doce y una de la tarde. — Según hemos dicho, era el momento escogido por Napoleón para forzar el paso de Eckmühl.

Dos columnas debían encargarse de este movimiento: una de 24,000 hombres, que debía marchar de Burg-Weinting contra Abach, y una de 12,000 hombres que de Weilhoe marcharía contra Peining, mientras que la tercera — fuerte de 40,000 hombres, y compuesta del cuerpo de Rosenberg, situada enfrente del mariscal Davoust, en las aldeas de Ober y Unter-Leuchling, del cuerpo de Hohenzollern, que obstruía la calzada de Eckmühl, de los granaderos de la reserva, y de los coraceros que debían guardar, hacia Egglofsheim, la llanura de Ratisbona — tenía orden de permanecer inactiva en tanto operarían las otras dos columnas.

La noche transcurrió en estas disposiciones.

El día amaneció brumoso; una espesa niebla cubría la llanura, no desapareciendo hasta las nueve de la mañana.

Hemos dicho ya que el general Kollowrath necesitaba tiempo para pasar el Danubio; esta operación no terminó hasta mediodía.

Hasta entonces no se había disparado un solo tiro.

Los dos cuerpos de ejército iban á ponerse en marcha, el uno contra Abach, el otro contra Peising, cuando, de pronto, resonó un espantoso cañoneo hacia la parte de Buchhausen.

Era todo el ejército francés, mandado por Napoleón, que desembocaba por delante de Eckmühl.

El emperador no tuvo necesidad de dar la señal convenida; al verle aparecer, los austriacos le habían saludado con un fuego graneado de metralla.

Los wurtembergueses, que iban á la cabeza de la columna, se replégaron bajo aquel terrible fuego, sostenido

por las cargas de caballería ligera del general Wukassovitch; pero Vandammes los condujo adelante, y apoyado por las divisiones Morand y Gudin, se apoderó á la carrera de la aldea de Lintach, y luego se unió por su izquierda con la división Demont y los bávaros, que la providencia de Napoleón había enviado allí la víspera, según recordaremos.

Al ruido del cañoneo, Davoust soltó sus divisiones, que hacía una hora esperaban la señal con impaciencia.

Su artillería empezó por barrer el camino arrojando sobre el frente del enemigo una granizada de metralla.

Ante aquel fuego terrible, los austriacos abandonaron la primera línea, y fortificándose en las dos aldeas de Ober-Leuchling y de Unter-Leuchling, acogían, á su vez, á la división Saint-Hilaire, que iba en su persecución, con una espantosa fusilería; ¡pero tenían que habérselas con hombres acostumbrados al fuego!

La aldea de Ober-Leuchling fué tomada en seguida á la bayoneta. La de Unter-Leuchling, más escarpada y mejor fortificada, fué defendida con más ahinco; bajo el doble fuego de la aldea y de la meseta que la dominaba, el 10.º ligero perdió 500 hombres durante los cinco minutos que empleó en ganar la pendiente. Pero la aldea era asaltada, y, una vez asaltada, la aldea era nuestra.

El 10.º ligero entró, acuchilló á cuantos se resistían é hizo 300 prisioneros.

Los defensores de ambas aldeas se retiraron entonces á la meseta: el 10.º ligero les persiguió allí en medio de una tremenda fusilería.

El general Friant lanzó inmediatamente su división contra los bosques que se extendían entre las dos aldeas.

El general Barbanègre se puso en persona á la cabeza del 48.º y del 111.º, y avanzando á la bayoneta á través de los claros, rechazó hasta más allá de las dos aldeas á los tres regimientos archiduque Luis, Chasteler y Coburgo, acorralándolos contra la calzada de Eckmühl.

Entonces la refriega se hizo general.

El cuerpo del general Rosenberg, rechazado, según acabamos de decir, contra la calzada de Eckmühl, procuraba mantenerse allí, á pesar de las cargas del 48.º y del 111.º —la caballería bávara, apoyada por nuestros coraceros, cargaba en la llanura á la caballería austriaca—; los peones wurtembergueses intentaban tomar el pueblo de Eckmühl á la infantería de Wukassovitch, y habiéndolo conquistado

á la segunda carga, obligaban á toda aquella infantería á remontar las pendientes superiores.

Lo único que faltaba hacer á Napoleón era diezmar las masas que ocupaban la calzada, y precipitar de las alturas en donde se habían refugiado á los regimientos del archiduque Luis, de Chasteler y de Coburgo, toda la infantería de Wukassovitch y una parte de la brigada Biber.

Lannes tomó la división Gudin, pasó el gran Laber, ascendió verticalmente á las alturas de Rocking, atravesó la derecha austriaca y, revolviéndose contra ella, la fué echando de meseta en meseta.

Durante aquel tiempo, Napoleón lanzaba su caballería sobre una rápida eminencia, donde se amontonaban los austriacos en retirada.

Al ver aquel movimiento, los austriacos se detuvieron, haciendo caer sobre los caballeros bávaros y wurtembergueses á su caballería ligera, que, cargando á fondo, impelida por la inclinación del terreno, deshizo á nuestros aliados; pero los caballeros enemigos se encontraron con una muralla de hierro: nuestros coraceros.

El muro de hierro se lanzó al galope, pasó por encima del cuerpo de la caballería austriaca, agujereó toda aquella masa enemiga, y llegó á la cumbre de la calzada en el mismo instante en que, por el lado opuesto, aparecía en la altura la infantería del general Gudin, dueña de Rocking.

Los infantes vieron aquella hermosa carga, aquellos espléndidos caballeros que cargaban subiendo con el mismo ímpetu que sus enemigos bajando, y la división entera batió palmas gritando: —¡Viva los coraceros!

Al mismo tiempo, el general Saint-Hilaire, apoderándose del bosque que dominaba Unter-Leuchling, rechazaba al enemigo de pendiente en pendiente, y á pesar de las cargas de la caballería ligera de Vincent y de los húsares de Stipsicz, le arrojaba en desorden hacia aquella calzada donde reinaba tan horrible confusión.

El obstáculo estaba forzado: los austriacos, en fuga, buscaban abrigo detrás de sus coraceros, alineados en orden de batalla en Egglofsheim; esto es, á cerca de dos leguas de Eckmühl. Entonces, las masas francesas desembocaron, á su vez, en la llanura, llevando la caballería al centro y en las alas la infantería.

La caballería componíase de los regimientos bávaros y wurtembergueses, y de los diez regimientos de coraceros de los generales Nansouty y Saint-Sulpice.

¡Un terremoto no hubiera removido tanto el suelo como la carrera de aquellos 15,000 caballos!

Las divisiones Friant y Saint-Hilaire, excitadas por la victoria, corrían en las alas con paso casi tan rápido como los caballeros.

El choque de aquella masa fué terrible.

Al verla venir, la caballería austriaca se puso también en movimiento, colocándose ante aquella.

Eran las siete de la tarde: en abril, es la hora del ocaso.

La batalla fué espantosa, encarnizada, inaudita, renovándose á cada instante los adversarios; húsares, caballería ligera, coraceros, bávaros, austriacos, franceses, golpeando de noche al acaso, alumbraron durante una hora la creciente oscuridad con las chispas que brotaban de los sales y las corazas.

De pronto, como un lago al romperse el dique, toda aquella oleada se escurrió por la parte de Ratisbona.

La última barrera quedaba rota, la última resistencia destruída. Una vez en fuga, los coraceros austriacos, que sólo llevan coraza por delante —como si nunca tuvieran que mostrar la espalda al enemigo—, estuvieron perdidos. Dos mil cubrieron el camino con sus cadáveres, todos heridos por la espalda, todos muertos como si lo hubieran sido á puñaladas.

Napoleón dió orden de terminar el combate: podía encontrarse el segundo ejército del archiduque, fresco y en buen orden, y se corría riesgo de perder lo ganado.

Si el archiduque espera delante de Ratisbona, se entablará la quinta batalla; si pasa el Danubio, se le perseguirá.

Ya es hora de vivaquear: los soldados están muertos de cansancio; los que proceden de Landshut han andado desde el amanecer hasta mediodía y se han batido desde el mediodía á las ocho de la noche.

Las tres divisiones de Massena han llegado á las tres de la tarde y no han tenido tiempo de conversar.

¡La jornada ha sido dura! ¡La victoria ha costado cara! Nosotros hemos tenido 2,500 hombres fuera de combate. Los austriacos han tenido 6,000 muertos ó heridos y 3,000 prisioneros; y han perdido 25 ó 26 piezas de artillería.

Davoust se ha ganado el título de príncipe de Eckmühl, —y Napoleón el derecho de dormir algunas horas.

Por lo demás, según todas las probabilidades, el archiduque Carlos no se atreverá á presentar batalla al día siguiente: procurará pasar el Danubio.

En efecto, según había previsto Napoleón, el archiduque toma sus disposiciones durante la noche.

Sorprendido en su movimiento hacia Peising, ha llegado á tiempo para ver tomar el pueblo de Eckmühl y no lo bastante pronto para detener el movimiento retrógrado de su tropa; su ejército se halla desmoralizado con exceso para que arriesgue una batalla en aquel momento, sobre todo teniendo á su espalda el Danubio; y por fin, cuenta con demasiado poca caballería para que ésta pueda defender la llanura que se extiende de Egglofsheim á Ratisbona.

El archiduque repasará, pues, el Danubio, mitad por el puente de piedra de Ratisbona, mitad por el puente de barcas que el ejército de Bohemia ha traído con él. El cuerpo de ejército del general Kollowrath, que no ha sufrido otra fatiga que la de ir y volver de Abach, cubrirá la retirada.

Desde las tres de la madrugada, empezó á desfilar el ejército del archiduque, se encaminó hacia los dos puentes, dejando todo el cuerpo de ejército de Kollowrath delante de la ciudad para disimular y proteger el movimiento, y delante del ejército de Kollowrath, toda su caballería.

Los austriacos esperaban ser atacados desde el amanecer y no se engañaban; á las cuatro, Napoleón estaba ya á caballo.

Apenas pudo distinguir ya los objetos, nuestra caballería ligera avanzó; llevaba la misión de reconocer si había que librar una batalla, ó perseguir una retirada.

La caballería austriaca no le dió tiempo para observar: se echó sobre la caballería francesa con la rabia de valientes soldados que desean vengar la derrota de la víspera.

Entonces empezó una refriega parecida á la que interrumpió la noche. Al tiempo que combatían, los caballeros austriacos se retiraban hacia la ciudad, llamando sobre ellos la atención de los franceses, con objeto de que los granaderos y el resto de la infantería tuviesen tiempo de ganar la otra orilla por el puente de barcas.

Algunos húsares se apercibieron, por fin, de lo que ocurría, y corrieron á mostrar al general Lannes el grueso del ejército que franqueaba el río por debajo de Ratisbona.

Lannes llamó á toda la artillería de que pudo disponer, estableció una batería, é hizo llover una granizada de balas y de obuses sobre el puente de barcas.

Al cabo de una hora, el puente estaba roto, un millar

de hombres quedaban muertos ó anegados, y las barcas, sueltas é incendiadas, seguían la corriente del Danubio á llevar á Viena la nueva de la derrota del archiduque.

Por otra parte, Kollowrath, para dar tiempo de desfilarse al ejército del príncipe Carlos, se encerró en la ciudad, y cerró las puertas ante las bayonetas de nuestras guerrillas.

La ciudad sólo tenía una muralla con algunas torres de distancia en distancia, y un ancho foso.

Napoleón mandó escalar la muralla: no quería dar tiempo al archiduque de que hiciera saltar el puente de piedra, del que tenía necesidad para continuar la persecución.

En menos de un cuarto de hora instaláronse 40 piezas de artillería, y empezaron á sacudir la muralla á balazos y á incendiar la ciudad con los obuses.

Napoleón se adelantó hasta medio tiro de fusil de la muralla, cubierta de tiradores austriacos. Inútilmente sus más afectos le suplicaron que se retirara: no quiso dar un solo paso atrás.

De pronto, con la misma sangre fría que un maestro de armas acusa un botonazo de florete en un asalto:

—¡Me han tocado!—dijo.

Bertier, que no le dejaba, haciéndole rodear cuanto podía, se precipitó hacia él con el semblante pálido.

—¡Ya os lo había dicho, señor!—exclamó.—Es la repetición de Abensberg.

—Sí,—dijo Napoleón;—únicamente que en Abensberg apuntó demasiado alto, y en Ratisbona apuntó demasiado bajo.

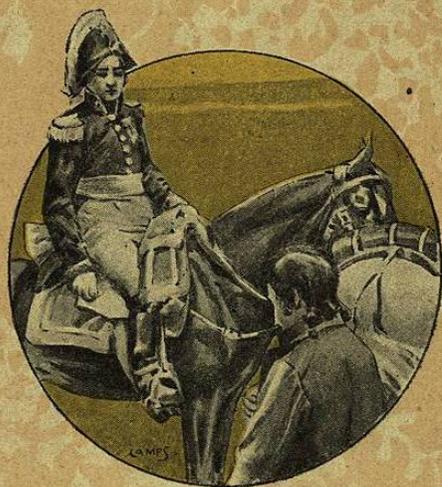
El 13 de mayo siguiente, Napoleón entraba en Viena, y el tambor mayor del 1.º regimiento de la guardia decía, retorciéndose los bigotes, y contemplando el palacio del emperador Francisco II:

De modo que ¡ésta es la vieja casa de Austria de que tantas veces nos ha hablado el emperador!

VIII

El estudiante y el plenipotenciario

El martes, 11 de octubre de 1809, esto es, cinco meses, día por día, después de la segunda ocupación de Viena por el ejército francés, un oficial de unos cuarenta años, con el



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vado. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN